

examen lo mismo que el pobre y el pequeño, y todos serán juzgados, pero no oirán todos pronunciar la misma sentencia. De todas las grandes acciones, no quedará á menudo sino un montoncito de ligeras cenizas ó de podredumbre, mientras que una obra y un sacrificio de poca apariencia soportarán intactos la prueba, que sólo se atenderá á la verdad, al espíritu y á la acción.

Muchos creen que nos reprochan algo infamante, cuando dicen que la idea de este tribunal severo, antes debe rebajar al hombre que elevarle, antes debilitarle que fortificarle, puesto que ella le hace vivir perpetuamente sometido al temor de Dios. Estos tales se engañan.

Sabemos ciertamente que Aquél que no engaña á nadie ni puede engañarse. examinará nuestras acciones, y no negamos que este pensamiento sea á propósito para llenarnos de temor. ¿Pero temor de quién? De nosotros y no de Dios. Si nos tememos á nosotros mismos, no tenemos necesidad de temer á Dios. Este temor es el secreto de nuestra verdadera fuerza. ¿Hay alguna cosa que pueda excitarnos más á la vigilancia, al celo, á las buenas acciones, á la sinceridad del corazón, á la purificación de la voluntad y de las intenciones, <sup>(1)</sup> que este temor serio, que ha sido llamado con razón el principio, <sup>(2)</sup> y el coronamiento <sup>(3)</sup> de toda sabiduría, el manantial de la vida? <sup>(4)</sup> No negamos que también tememos á Dios; pero es un temor que no tiene de común con el terreno sino el nombre. Este temor sagrado no paraliza; no es sino una nueva causa de fuerza para nosotros. De hecho, nada nos ofrece en el mismo grado que el temor de Dios una protección más fuerte contra nuestro deplorable respeto humano, la causa propiamente dicha de nuestra debilidad de carácter. ¿De dónde proviene esta cobardía, de la cual nos enrojecemos tan á menudo, sin poder, no obstante, llegar á vencerla?

(1) Jos., XXIV, 14. I Reg., XII, 24. II Paral., XIX, 7, 9. Eccli., II 18 y s.

(2) Ps., CX, 10. Prov., I, 7; IX, 10. Eccli., I, 16.

(3) Eccli., I, 22.

(4) Prov., XIV, 27.

Nos forjamos ilusiones, cuando creemos que las circunstancias son más fuertes que nosotros, que somos hombres como todo el mundo, y que no podríamos elevarnos por encima de lo que todo el mundo piensa y hace. ¡No! no son las circunstancias ni los hombres los que nos hacen débiles; somos nosotros mismos. Por algo un antiguo proverbio se expresa así: «Más temor nos viene de nosotros mismos que del exterior.» <sup>(1)</sup> Si la timidez no reina ya en nuestro interior, ni todos los tiranos y ridiculizadores juntos podrán infundírnosla. Si queremos encontrar caracteres que estén por encima de la debilidad deplorable relativamente á la opinión pública y al juicio del mundo, hay que buscarlos entre los que no temen á nadie, sino á Dios, <sup>(2)</sup> entre los que les importa poco agrandar á los hombres, con tal que agraden á Aquél ante quien el favor humano carece de valor y el poder humano está desprovisto de fuerza. Dificilmente puede asustarse al que tiene su interior en orden, al que sabe y siente que no tiene nada que temer por parte de Dios y de su conciencia. El piadoso Tevrizent, aquel á quien las obras de penitencia y la práctica de la virtud cristiana, así como la meditación de los juicios de Dios en el desierto, le habían librado de sus anteriores vacilaciones, dice al caballero, que, revestido de su coraza, le sorprende de repente: «Creedme, el ciervo

(1) Koerte, *Die Sprichwörter der Deutschen* (2), 2100.

(2) Esta frase, que ha sido desfigurada con un término casero muy conocido y de cierta celebridad, constituye una parte fundamental de la sabiduría de los proverbios cristianos. Cf. Ps., XXVI, 1, LV, 5, 11. Eccli., XXXIV, 16. Is., VIII, 12, 13. Matth., X, 28. Luc., XII, 4. I Petr., III, 14, 15. Lactant., 6, 17. (Ambros.) *De sacram.*, 1, 3, c. 2, 9. Augustin., *Sermo* 348, 1; Ps. XXXII, en. 3, II, 12. Cassiodor., Ps. XVIII, 10: *Deum timere non trepida confusio, sed imperturbata constantia est.* Id., Ps., XXIV, 13: *Humanus timor diffidentiam tribuit divinus autem spei firmamenta concedit.* (Chrysostom.) *Opus imperf. in Matth. hom.* 52: *Qui Deum timet, homines non erubescit.* (Migne, Gr. 56, 929). Gregor. Mag., *Mor.*, 5, 33. Ioann. Climac., *Scala*, 21, *schol* 6 (Isaac). Ioann. Damasc., *Parall.*, 1, 4 (Didymus in Isai). *Imit. Christi*, 3, 36, 3. Le Blanc, *In Ps. XLVIII*, n. 100; LIV, n. 9. Stella, *In Evang. Luc.*, 12, 6. Lorin, *In Ps.*, CXVIII, 162. Sailer, *Die Weisheit auf der Gasse* (Ges. W. [Gräte, 1819], XX, 1, 102). En estas fuentes bebió Racine cuando hizo decir al sumo Pontífice Joad: «Temo á Dios y no temo otro temor.» (*Athalie*, 1, 1). V. también á Fried, *Lexikon deutscher Citate* pág. 243, n. 2269.

y el oso me espantan más á menudo que el hombre. Puedo decirlo con toda verdad que no temo lo que es humano, pues sé muy bien lo que hay en el hombre. No quisiera por eso vanagloriarme, pero el temor y el miedo están lejos de mí.»<sup>(1)</sup>

El espíritu pagano, que jamás aprendió á conocer el temor de Dios, y que, por consiguiente, ignoraba lo que era la verdadera fuerza, pensaba poder burlarse de Felicidad, cuando, en su prisión, se retorció entre los dolores del parto. «Si ahora te quejas tan amargamente—le dijo—¿qué harás cuando te arrojen á las bestias?» Á lo que la heroína cristiana respondió: «Ahora sufro por mí, pero entonces Otro sufrirá en mi lugar, porque yo sufriré por Él.»<sup>(2)</sup> Y en efecto, cuando llegó la hora de confesar su fe, lo hizo con tanto heroísmo, que los paganos, que en masa habían acudido á contemplar el sangriento espectáculo, reconocieron con admiración que un nuevo pueblo había nacido, que una nueva época había visto la luz del día, introducida por una nueva religión, pueblo fuerte en su debilidad, época de temor sagrado y de libertad, religión de la fuerza de voluntad y de la energía para obrar.

**12. La verdadera fuerza se encuentra en la unión de la fe, de la gracia y las obras.**—El hombre, evidentemente, es débil y lo será siempre. Pero podríamos llegar á ser más fuertes, y aun mucho más fuertes, si supiéramos y si nos atreviéramos á formar mejor nuestra voluntad. Es una errónea tendencia, que ya hemos censurado á menudo, la de creer que las antiguas generaciones eran más vigorosas que las nuestras. Si de pequeños nos hubiesen acostumbrado á la abnegación y al sacrificio, si obligásemos á la juventud á doblegar su voluntad, á cumplir su deber de trabajar, á pesar de toda la repugnancia que le causa el trabajo, como la hacemos apta para la gimnasia y la natación, muy pronto veríamos que hoy somos tan capaces de sobrellevar estos trabajos como nuestros

(1) Parzival, 457, 25 y sig. (Bartsch, 9, 745 y sig.).

(2) Ruinart, *Acta Martyr.* (S. Felicit. et Perpet., n. 15).

antepasados. Nosotros los cristianos deberíamos sonrojarnos de alegar tal excusa. ¿Por qué no hacemos mejor uso de la fuerza que la gracia nos ofrece? Porque no observamos lo que se nos ha dicho cien veces, á saber, que no es ni la ciencia, ni el hermoso lenguaje, nuestro signo característico, pero si la vida y la acción.

De que los hombres que vivan solamente según los principios del mundo no piensen siquiera en ello, no se deduce que sea esto una verdadera excusa para nosotros; antes al contrario, esto exige que nos mostremos mucho más dignos de nuestra vocación de cristianos. Precisamente en la debilidad es donde la gracia y la virtud ganan constantemente sus más grandes victorias.<sup>(1)</sup> Los que han sido odiados, perseguidos, rechazados, han mostrado siempre á aquellos en quienes florecía la vida cristiana, que valían más, y podían también más que el mundo, á pesar de la ostentación que hace de su propia fuerza. Cuanto más pobres eran, tanto más ricos parecían, tan ricos, que daban al mundo, pobre en actos, no sólo lo que les sobraba, sino que podían también devolver con usura á Dios lo que de Él habían recibido.

Tal es la obra de este poder invisible, cuya eficacia ha impreso su sello en todo un nuevo orden de cosas, poder que se llama gracia. Los que tienen más presunción, son constantemente, por su debilidad, la vergüenza de la humanidad. Sobre los que tienen más conciencia de su propia flaqueza, sobre los que la confiesan y oponen menos resistencia á la gracia, el poder de Dios, así como el honor de la humanidad y la fuerza humana, obtienen sus más hermosos triunfos.

De aquí que no se obtenga la victoria sobre la debilidad humana y la verdadera fuerza de voluntad, sino donde la vida se dirige completamente según las doctrinas de la fe cristiana. La gracia de Dios y nuestra cooperación á la gracia forman todo el secreto de nuestra fuerza. Nosotros ponemos nuestra flaqueza, Dios añade todo su poder, y de

(1) II Cor., XII, 9.

la unión de los dos, de lo humano y de lo divino, nace una obra completa, un cristiano, un hombre completo. Por medio de la fe, recibimos en nosotros la fuerza de Dios. Por las obras, devolvemos al Dispensador de todo bien lo que nuestra pobreza ha ganado con los talentos que le han sido prestados. Con la fe, Dios pone en nosotros la base sobre la cual se edifica la virtud. <sup>(1)</sup> Con su auxilio, edificamos, por medio de las obras, sobre los fundamentos que ha puesto en nosotros. No son grandes acciones las que reclama por parte nuestra, pero sí una fuerza completa; no resultados brillantes, pero sí una seriedad inquebrantable.

He aquí palabras que, en su sencillez, sobrepujan mucho todas las sonoras declamaciones de los filósofos. Ahora bien, las acciones que son producidas por el Cristianismo sobrepujan en la misma medida los efectos de esas bellas promesas. Allí donde espíritus dotados de talentos superiores apenas encuentran bastante fuerza en las doctrinas de la filosofía para soportar dignamente la vida en las horas de sufrimiento, la fe inspira, á los más pobres y débiles cristianos, tal poder victorioso, que, sin temor á la vergüenza ni al miedo, se sienten ávidos de sufrimientos, de tal manera, que ni á trueque de ganar el mundo entero, rehusarían el más mínimo trabajo ni el más mínimo sacrificio, ya que no descansan hasta haber llegado á la cumbre de la perfección. No sólo á algunos particulares, sino á miles de personas pueden aplicarse estos magníficos versos: «Unos roban el reino de los cielos; tales son los que con su humildad disimulan la virtud. Otros lo arrebatan por fuerza, los mártires que sufren aquí bajo. Otros son en él introducidos por violencia, á saber, los que han vivido pobres en la tierra, y que no dejan de dar gracias á Dios, aun cuando vacilen bajo el peso de los sufrimientos. Hay otra cuarta clase, que lo adquieren comprándolo, y son los que están prontos á dar los bienes terrestres, las alegrías y los honores, para practicar la doctrina de Jesu-

(1) Dante, *Parad.*, XXIV, 29 y sig.

cristo.» <sup>(1)</sup> «Con esta fe emprendemos, llenos de alegría, este viaje. Verdad es que el mundo es como un mar borrascoso; pero Dios es nuestro piloto y nuestro barquero. La cruz de Nuestro Señor Jesucristo es un fuerte mástil en la tempestad, y la fe una vela sólida; Las buenas obras son remos excelentes, y el Espíritu Santo es el viento que conduce con seguridad al puerto. El viaje tiene por término la patria celestial; á ella debemos abordar: ¡Dios es la recompensa!» <sup>(2)</sup>

(1) Hugo von Trimberg, *Der Renner*, 20, 878 y sig. Cf. Freidanck, 66, 13 y sig. Manifiestamente según san Bernardo, *De div.*, s. 99.

(2) Traducido libremente del poema: *Los Cuatro evangelios* (en Diemer, *Deutsche Gedichte des XI und XII Jahrhunderts aus Vorau*, 329, 11 y sig.; también en Müllenhoff y Scherer, *Denkmäler*, p. 67. n. 31, 27. Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, 31, n. 27, 27).